

Prusia, y que saliendo de una prolongada lucha, tres veces renovada en el espacio de quince años, no se encontraba ya en disposición de hacer la guerra ni en favor ni en contra de ninguna potencia.

A estas palabras evasivas acababa de acompañar actos más explícitos y significativos. Reunió sesenta mil hombres en Bohemia, que acampados primeramente en las fronteras de Baviera y de Sajonia, marchaban actualmente hacia la Galitzia, siguiendo en cierto modo al amparo de aquella línea los movimientos de los ejércitos beligerantes. Además de estos sesenta mil hombres, encaminó otras tropas hacia Polonia, y formaba con grande actividad almacenes en Bohemia y en Galitzia. Siempre que se le preguntaba el motivo de estos armamentos, contestaba con fútiles pretextos de seguridad personal, diciendo que expuesta por todas partes al contacto de ejércitos enemigos empeñados en la guerra, no debía permitir que ninguno de ellos violase su territorio, y que las medidas de que se le pedía cuenta eran de mera precaución.

Un lenguaje tan taimado no podía engañar á Napoleón: y si bien la necesidad de tener un aliado después del rompimiento con la Prusia le había hecho volver los ojos momentáneamente á la corte de Viena, fácil le era ahora reconocer que la potencia á quien habíamos despojado en quince años de los Países Bajos, de la Suabia, del Milanesado, de los Estados venecianos, de la Toscana, del Tirol, de la Dalmacia, y por último, de la corona germánica, no podía ser para nosotros más que una enemiga irreconciliable, que si disimulaba por política su profundo resentimiento, tenía que demostrarlo á la primera ocasión propicia. Conocía muy bien que los temores del Austria eran mentidos, porque ninguna de las partes beligerantes tenía interés en ofenderla con una violación de territorio, y sabía que no podía hacer armamentos sino con la pérfida intención de acometer por la espalda al ejército francés. Apreciando ya en su justo valor la palabra de hombre honrado y de soberano con que Francisco II se había obligado en el vivac de Urchitz á no hacer más la guerra á la Francia, juzgaba, sin embargo, que la memoria de una promesa tan solemne serviría de rémora al príncipe, y que para faltar éste á su compromiso necesitaría buscar un pretexto muy especioso; formó por lo tanto dos resoluciones que meditó con toda madurez: 1.ª, no dar al Austria ocasión ninguna para intervenir en la guerra actual; 2.ª, tomar sus precauciones como si hubiera de intervenir de seguro, y hacerlo de una manera ostensible. Su lenguaje y su propósito fueron conformes; quejóse primeramente con toda franqueza de los armamentos hechos en Bohemia y en Galitzia, de modo que se conociese que sabía muy bien su objeto, y después con la misma franqueza reveló las precauciones que se creía precisado á tomar y que podían por su naturaleza desalentar al gabinete de Viena. Afirmó nuevamente que por su parte no provocaría la guerra, pero que la haría de una manera pronta y terrible si se cometía la imprudencia de renovarla. Declaró que no queriendo dar pretexto alguno para un rompimiento, no contribuiría por su parte en lo más mínimo al levantamiento de las provincias que el Austria poseía en Polonia; que la insurrección de la Polonia prusiana y rusa era un acto de hostilidad de que sólo eran responsables los que habían querido la guerra; que

no desconocía la dificultad de refrenar á los polacos dependientes del Austria cuando vieran éstos conmovirse á los polacos rusos y prusianos; pero que si en Viena pensaban lo mismo que él, y si como él reconocían el yerro enorme que en el último siglo se había cometido, destruyendo una monarquía que servía de baluarte al Occidente, él por su parte proponía un medio muy sencillo de repararlo reconstituyendo la Polonia, y ofreciendo de antemano á la casa de Austria una pingüe indemnización por las provincias que debería sacrificar. Era esta indemnización la restitución de la Silesia, que Federico el Grande había quitado á María Teresa. La Silesia equivalía seguramente á las dos Galitzias, y era una reparación digna de los males y ultrajes que el fundador de la Prusia había causado á la casa de Austria.

Seguramente en la situación en que se hallaba Napoleón, nada mejor calculado que una proposición de esta especie. En efecto, impulsado por el curso de los acontecimientos á destruir la obra de Federico el Grande, rebajando á la Prusia, lo mejor que podía hacer era destruirla por completo, restituyendo al Austria lo que Federico le había quitado, y quitándole lo que le había adjudicado él mismo. Por lo demás, al ofrecer este cambio no pretendió imponerlo como forzoso. Si aquella proposición, que en otro tiempo hubiera colmado de júbilo al Austria, despertaba sus antiguas aspiraciones con respecto á la Silesia, estaba pronto á llevarla á efecto; de lo contrario podía considerársela como no puesta, y se reservaba el obrar en la Polonia prusiana y rusa según le aconsejasen los sucesos, obligándose solamente á no emprender cosa alguna atentatoria á los derechos del Austria. Al procurar no dar ningún pretexto de queja á la corte de Viena, Napoleón repitió, no obstante, que estaba enteramente dispuesto, y que si se quería la guerra no se le cogería descuidado. Aunque satisfecho de los servicios de Mr. de La Rochefoucauld, su embajador, le substituyó el general Andreossy, que era militar y conocía perfectamente el Austria, y podía por lo tanto observar con más seguridad la naturaleza y alcance de los preparativos de aquella potencia.

En aquel momento extraordinario de su reinado, se propuso Napoleón hacer cooperar al Oriente al logro de sus designios sobre el Occidente. La Turquía se hallaba en un estado de crisis que podía serle muy útil: aquel malhadado imperio, amenazado desde el reinado de Catalina por sus mismos amigos, que viendo sus provincias próximas á desmembrarse se apresuraban á apoderarse de ellas para no dejárselas á sus rivales (como podía atestiguarlo la conducta de la Francia en Egipto); aquel malhadado imperio, repetimos, tan pronto se había inclinado hacia Napoleón por el instinto de un interés común, como se había alejado de él por las intrigas de la Inglaterra y de la Rusia, que envenenaban en el diván la memoria de las Pirámides y de Aboukir. En paz con la Francia durante el consulado, y enemistado otra vez con ella al establecerse el imperio, que no había querido reconocer, el sultán Selim se había definitivamente decidido, al saber el resultado de Austerlitz, por un acomodamiento que en breve se trocó en intimidad. No solamente concedió á Napoleón el título de Padishá, que le había negado en un principio, sino que además envió á París un embajador extraordinario con el reconocimiento, acompañado de felicitaciones y pre-

sentes. Al obrar de este modo el sultán Selim, había cedido á la verdadera inclinación de su corazón, que era apasionado á la Francia, á pesar de las intrigas que le rodeaban, y que reproducidas con nuevo ahinco, revelaban la triste decadencia de su imperio. Este príncipe, afable, prudente é ilustrado como un europeo, quería la civilización del Occidente, no por un mero capricho de déspota, sino por un sentimiento enérgico de la superioridad de esta civilización sobre la del Oriente; y desde su juventud, mientras vivía sepultado en el muelle olvido del serrallo, había mantenido por medio de Mr. Ruffin una correspondencia personal y secreta con Luis XVI. Ascendido después al trono, había conservado hacia la Francia una preferencia marcada, y se holgaba verdaderamente de poder citar sus victorias como una razón decisiva para adherirse á ella. Los rusos y los ingleses querían torcer esta inclinación aunque fuese á mano armada. Presentábase la ocasión de poner á prueba su influencia en Constantinopla, porque había que elegir los dos hospedares de la Valaquia y de la Moldavia; los hospedares Ipsilanti y Maruzzi, afectos á la Inglaterra, á la Rusia y á cualquiera nación que deseara la ruina del imperio turco, por cuanto eran los verdaderos precursores de la insurrección griega, se conducían en su administración como cómplices declarados de los enemigos de la Puerta. Habían llegado las cosas á tal punto, que ésta se había visto precisada á deponer á aquellos infieles y peligrosos agentes; la Rusia había enviado inmediatamente al general Michelson hacia el Dniester con un ejército de sesenta mil hombres, y la Inglaterra había enviado una escuadra á los Dardanelos para exigir por medio de estas fuerzas combinadas la reposición de los hospedares destituidos de sus empleos. El joven emperador Alejandro, que sólo había salido á la escena del mundo para sufrir la memorable derrota de Austerlitz, juzgaba que en aquella sangrienta refriega de todas las naciones europeas, convenía sacar partido de las circunstancias para avanzar sobre la Turquía, y que, cualesquiera que fuesen las vicisitudes de la fortuna entre el Rhin y el Niemen, lo que ganara en el Oriente quizás permanecería en su poder en compensación de lo que se apropiaran los demás por el Occidente.

No carecía este cálculo de fundamento; pero teniendo á Napoleón á las puertas de su imperio, obraba con poca prudencia al privarse de sesenta mil hombres para mandarlos hacia el Pruth. Prueba evidente de este error fué la misma satisfacción que Napoleón experimentó cuando supo que iba á estallar un rompimiento entre la Rusia y la Puerta. Previendo esto, había mostrado grande empeño en ocupar la Dalmacia, con lo cual podía mantener un ejército en la frontera de la Bosnia y socorrer ó molestar á la Puerta con mayor facilidad, según conviniera á su política. Viendo próxima esta crisis, que deseaba más cuanto más se agravaban los acontecimientos, eligió para embajador en Constantinopla á un militar, nacido como él en Córcega, que á la experiencia de la guerra reunía una sagacidad diplomática poco común: era el general Sebastiani, que ya había desempeñado en Turquía una misión, de la cual salió muy airoso. Dióle Napoleón la instrucción expresa de aguijonear á los turcos contra los rusos, y de procurar con todos sus esfuerzos encender la guerra en Oriente. Le autorizó á sacar de la Dalmacia oficiales de

artillería y de ingenieros, municiones y hasta los veinticinco mil hombres del general Marmont, si la Puerta Otomana reducida al último apuro concluía deseando la presencia de un ejército francés. En efecto, habiendo sido causa la batalla de Austerlitz de que intimasen el sultán Selim y Napoleón, muy bien podía la batalla de Jena estimularle hasta el punto de hacerle tomar parte en la guerra. Napoleón escribió á este príncipe ofreciéndole una alianza ofensiva y defensiva para comprometerle á aprovechar aquella ocasión de vengar la media luna y anunciarle que iba á prestar á los turcos el mayor servicio que pudiera hacerseles, y á reparar el mayor revés que habían jamás sufrido, intentando restaurar la Polonia. Dióse orden al general Marmont de tener dispuestos todos los auxilios que se le pidiesen de Constantinopla, y al general Sebastiani para que no descuidase el modo de producir una conflagración que cundiese desde los Dardanelos á la embocadura del Danubio. Enzarrando así á los rusos con los turcos, proponíase Napoleón dos objetos: 1.º, dividir las fuerzas de los rusos, y 2.º, sumir al Austria en horribles perplexidades. El Austria sin duda alguna aborrecía á la Francia; pero cuando viese á los rusos invadir las orillas del mar Negro, no podría menos de experimentar inquietudes que dolorosamente distrajesen sus rencores.

Iba, pues, á extenderse desde el Rhin al Vístula, y de Berlín á Constantinopla, la inmensa contienda que hacía quince años se agitaba entre la Europa y la revolución francesa. Viéndose Napoleón empeñado en un combate á muerte, adoptó medios proporcionados á la magnitud de sus designios. Fué su primer cuidado decretar un nuevo alistamiento. Desde fines de 1805 había pedido la primera mitad del alistamiento de 1806, y no bien había entrado en Prusia acababa de pedir la segunda mitad; lo mismo resolvió hacer con el alistamiento de 1807, y pidiéndolo por completo á pesar de estar todavía en el año de 1806, dejar á los jóvenes de aquel alistamiento un año para instruirse, fortificarse y acostumbrarse á las fatigas de la guerra. Sólo el espíritu que reinaba en los cuadros le bastaba para formar excelentes soldados. Esta nueva leva debía además proporcionar un aumento notable á la fuerza efectiva general del ejército. Esta fuerza que en 1805, época de la partida de Boloña, era de cuatrocientos cincuenta mil hombres, y que con el alistamiento de 1806 había ascendido á quinientos tres mil, iba á llegar con el alistamiento de 1807 hasta quinientos ochenta mil. Prohibidos los licenciamientos anuales durante la guerra, el ejército aumentaba á cada alistamiento, porque nunca la mortandad ni las enfermedades podían disminuir la fuerza efectiva de un número de hombres proporcionado á los que ingresaban de nuevo. La campaña de Austria sólo había costado veinte mil hombres; la de Prusia no había costado aún tantos. Verdad es que extendiéndose cada día la guerra á distancias mayores y á climas más crudos, y perdiendo las tropas en calidad, á medida que los reclutas iban substituyendo á los veteranos de la revolución, las pérdidas serían en breve mucho mayores. Pero eran todavía de escasa importancia, y el ejército, compuesto de soldados aguerridos y rejuvenecido más bien que debilitado con el ingreso de los reclutas en los batallones de guerra, había llegado á un verdadero estado de perfección.

Escribió, pues, Napoleón á Mr. de Lacuée, pidiéndole el cupo correspondiente á 1807. Mr. de Lacuée tenía á la sazón el negociado de alistamientos en el ministerio de la Guerra: era un empleado entendido, fiel al emperador y resuelto á vencer las dificultades de aquel ingrato cargo bajo un reinado que tan gran consumo hacía de sangre. Aunque no era él el ministro de la Guerra, Napoleón mantenía con él directa correspondencia, conociendo la necesidad de aconsejarle, alentarle y sostenerle de aquel modo. «Verá usted, le escribía, por un mensaje que dirijo al senado, que pido el cupo de 1807, y que no quiero deponer las armas hasta concluir la paz con la Inglaterra y con la Rusia. Veo por los estados remitidos que para el 15 de diciembre estarán en marcha todos los reclutas de 1806... No tendrá usted necesidad de esperar mis órdenes para la distribución entre los diversos cuerpos... No he perdido gente; pero el proyecto que he formado ahora es más vasto que todos los anteriores, y por lo tanto necesito estar en disposición de hacer frente á todos los acontecimientos.» (Berlín, 26 de noviembre de 1806. Depósito de la secretaría de Estado.)

Siguiendo Napoleón la costumbre que había adoptado el año anterior de reservar para el senado la votación de la contribución de sangre, le envió un mensaje, pidiéndole el cupo perteneciente á 1807, y revelándole la extensión dada á su política desde que había aniquilado á la Prusia. En este mensaje, en que lo enérgico del estilo competía con lo vigoroso del pensamiento, decía que hasta entonces los monarcas de Europa se habían burlado de la generosidad de la Francia; que así que se desarmaba una coalición, al punto se veía despuntar otra; que no bien quedó disuelta la de 1805 había sido forzoso combatir la de 1806; que en lo sucesivo convenía tener menos lenidad; que los Estados vencidos deberían retenerse hasta la paz general en mar y en tierra; que habiendo olvidado la Inglaterra todos los derechos de las naciones y condenado á una parte del mundo á una incomunicación comercial completa, era indispensable condenarla á ella á la misma prohibición, haciéndola tan rigurosa como lo permitiese la naturaleza de las cosas; y finalmente, que ya que era forzoso hacer la guerra, mejor era cebarse en ella que luchar á medias, pues era el modo de acabarla más completamente y de una manera más sólida con una paz general y duradera. Es imponderable el vigor con que su estilo expresaba estas ideas que tanto le ocupaban. El orgullo, la exasperación, la confianza, todo se juntaba allí con igual fuerza. Concluía reclamando medios proporcionados á sus miras, que, como ya hemos visto, consistían en el alistamiento de 1807 formado desde fines de 1806.

Expusimos ya las precauciones que tan atinadamente imaginó Napoleón para la doble hipótesis de una prolongada guerra en el Norte y de un ataque imprevisto por una parte cualquiera de su vasto imperio. Los terceros batallones de los regimientos del grande ejército que formaban los depósitos estaban situados, como hemos dicho, en la longitud del Rhin, al mando del mariscal Kéllermann, ó en el campamento de Boloña á las órdenes del mariscal Brune. Estos terceros batallones, llenos ya de reclutas de 1806 y en breve de reclutas de 1807, cuidadosamente instruídos y equipados, podían en caso de necesidad, dirigidos por el mariscal

Kéllermann, reunirse al 8.º cuerpo que mandaba el mariscal Mortier para proteger el Rhin inferior, ó bien reunirse, mandados por el mariscal Brune, con las fuerzas del rey de Holanda para proteger, ya á este mismo país, ya las costas de Francia hasta el Sena. Los regimientos que no se hallaban ni en Alemania ni en Italia reunidos en lo interior en Saint-Ló, en Pontivy y en Napoleonville, distribuidos en pequeños campamentos, estaban destinados á marchar sobre Cherbourg, Brest, La Rochela ó Burdeos. También debían concurrir á la defensa de los puntos amenazados varios destacamentos de guardias nacionales selectos aunque poco numerosos, y situados uno en Saint-Omer, otro en el Sena inferior y otro en las cercanías de Burdeos. Por último, quedaban en París algunos cuerpos que debían trasladarse en posta á cualquier punto donde fuesen necesarios.

Igual sistema se adoptó, como hemos visto, con el ejército de Italia. Los terceros batallones de este ejército, diseminado en la Italia superior, se dedicaban á la instrucción de reclutas, y cubrían al mismo tiempo las guarniciones de las plazas. Los batallones de guerra estaban destinados á los tres ejércitos activos de Nápoles, del Friul y de la Dalmacia.

Resolvió Napoleón desde luego sacar de los depósitos los refuerzos necesarios para el grande ejército, llenar con el nuevo alistamiento el hueco que iba á dejar en ellos, y una vez hecho esto con el contingente de 1807, utilizar el excedente que resultase en dar á cada batallón de depósito de mil á mil doscientos hombres y á cada regimiento de caballería una fuerza efectiva de setecientos hombres en vez de quinientos. También resolvió aumentar las compañías de artillería por haber advertido que el enemigo, para suplir lo que faltaba á sus tropas en calidad, había aumentado considerablemente el número de sus cañones. Aumentados los batallones de depósito hasta mil ó mil doscientos hombres, siempre podían sacarse de ellos, fuera del alistamiento del ejército activo, los trescientos ó cuatrocientos hombres más disciplinados para enviarlos dondequiera que ocurriese un accidente imprevisto.

Ya había sacado Napoleón de los depósitos unos doce mil hombres, que había dirigido en gruesos destacamentos de la Alsacia á la Franconia y de Franconia á Sajonia, para llenar los huecos producidos en sus cuadros por la guerra. Acababa de recibir de siete á ocho mil hombres, y aun estaban en marcha otros cuatro ó cinco mil. No equivalía aún este número al que había perdido, más por el cansancio que en las refriegas; y calculando las inmensas distancias á que iba á llegar la guerra, imaginó un sistema profundamente concebido para llevar los reclutas desde el Rhin hasta el Vístula, de modo que no corriesen el menor peligro en toda la longitud de su tránsito, que no se dispersasen en el camino y que al mismo tiempo de marchar pudiesen ser útiles, cubriendo la espalda al ejército. Estos destacamentos, sacados de cada batallón de depósito, debían formar una ó más compañías, según su número; estas compañías debían reunirse luego en batallones, y estos batallones en regimientos provisionales de mil doscientos á mil quinientos hombres. Para la marcha debían dárseles oficiales sacados momentáneamente de los depósitos, y organizarlos como si hubieran de formar regimientos definitivos. Puestos en camino

con esta organización y su equipo, debían detenerse en las plazas situadas en nuestra línea de operaciones, como Erfurt, Halle, Magdeburgo, Wittemberg, Spandau, Custrín y Francfort del Óder para descansar, si lo habían de menester, cubrir sus guarniciones caso de reclamarlo la seguridad de nuestra espalda, y hacer ejercicios militares para no descuidar la instrucción en una travesía de varios meses. De este modo protegían las comunicaciones del ejército, le evitaban que disminuyese y perdiere fuerza por dejar una multitud de guarniciones á la espalda, y aumentaban en cierto modo su fuerza efectiva desde antes de reunirse con él.

Así que llegaran al teatro de la guerra estos regimientos provisionales, debían disolverse, pasando cada destacamento á su cuerpo respectivo, y volviendo los oficiales en posta á sus depósitos para ir á buscar nuevos reclutas.

La misma organización se aplicó á la caballería con algunas precauciones particulares necesarias por la naturaleza del arma.

En todas las plazas convertidas en grandes depósitos, como Wurtzburgo, Erfurt, Wittemberg y Spandau, se habían dado las órdenes necesarias para reunir por medio de los arbitrios que ofrecía el país, vestuarios, zapatos, armas y víveres en abundancia. Sus comandantes tenían orden de revistar todos los regimientos provisionales que por ellos pasasen, de suministrar armas y vestuario á los que no lo tuviesen, y de no dejar pasar adelante á los que necesitasen tomar descanso. Los cuerpos que después fuesen llegando debían recoger los rezagados de los cuerpos que les habían precedido, y como los que ellos mismos iban dejando atrás equivalían en número á los que iban recogiendo, siempre llegaban completos al teatro de la guerra. Napoleón repasaba asiduamente los estados de los comandantes de las plazas por donde transitaban los regimientos provisionales; los cotejaba unos con otros, advertía el más pequeño descuido, y de este modo los tenía á todos atentos á su deber. Y en verdad que para conservar íntegro un ejército tan numeroso á tan grandes distancias, se necesitaba toda aquella vigilancia, todo aquel escrupuloso estudio.

No se contentaba Napoleón con conservar en los cuerpos la fuerza efectiva que tenían á su entrada en campaña, sino que quería engrosar con nuevos cuerpos el grande ejército. Hemos dicho que había dejado tres regimientos en París para formar una reserva que pudiera trasladarse en posta á las costas de Francia al menor amago, y juzgó que podía disponer de dos de aquellos regimientos, del 58 de línea y del 15 de ligeros, por el aumento considerable de reclutas en los depósitos. Había en París seis terceros batallones que pertenecían á regimientos de cuatro batallones, y que con el alistamiento debían aumentar hasta reunir mil hombres cada uno. El gobernador de París, Junot, tenía orden de revistarlos varias veces á la semana y de hacerlos manobrar á su presencia. Formaban éstos una reserva de seis mil hombres, siempre dispuestos á dirigirse en posta á Boloña, Cherburgo ó Brest, y con la cual se podía sin inconveniente utilizar por separado los regimientos 28 de línea y 25 ligero. Así, en efecto, estos dos regimientos, que eran de los mejores del ejército, fueron enviados al Elba por Wessel y la Westfalia.

Se recordará que Napoleón había resuelto convertir los vélites en *Fusileros de la Guardia*. Merced á la rapidez con que se ejecutaban todas sus órdenes, ya se había formado completamente un regimiento de dos batallones de unos mil cuatrocientos hombres, cuyos soldados se fueron cuidadosamente entresacando del cupo anual, y cuyos oficiales se tomaron de la Guardia. Encargó Napoleón que permaneciese en París lo estrictamente preciso para su instrucción y que después se trasladase en posta á Maguncia.

La custodia de la capital estaba como ahora confiada á una guardia municipal de dos regimientos, que llevaban el nombre de *regimientos de la Guardia de París*. Había encargado Napoleón que se aumentase todo lo posible su fuerza efectiva, sacando hombres aptos del último alistamiento, y recogiendo ahora el fruto de su previsión, pudo, sin comprometer la seguridad de París, sacar de aquellos dos regimientos dos batallones que formaban un nuevo regimiento de mil doscientos á mil trescientos hombres de admirable presencia y disciplina. Dispuso hacerlos marchar al ejército, juzgando que una tropa encargada de mantener el orden en lo interior no debía carecer del honor de servir fuera al engrandecimiento de la patria, á la cual regresaría más aguerriada y respetada.

Los obreros de los puertos carecían de trabajo y de sustento por el abandono en que iban quedando las construcciones navales en medio del inmenso desarrollo que la guerra continental adquiría, y Napoleón encontró el modo de darles ocupación y salario formando con ellos batallones de infantería encargados de la custodia de sus puertos respectivos, pero prometiéndoles que no se les obligaría á salir de ellos. Podía contarse con su vigilancia por su natural afecto á los establecimientos que en cierto modo habían fundado y porque además participaban del espíritu belicoso de la marina. Por este ingenioso medio pudo Napoleón sacar del servicio de las costas los tres soberbios regimientos 19, 15 y 31 de línea que estaban en Boloña, Brest y Saint-Ló. Fueron como los otros regimientos encaminados al grande ejército, formando cada uno dos batallones de á mil hombres.

Resultaban, pues, siete nuevos regimientos de infantería que podían servir de planta para un soberbio cuerpo de ejército, y que Napoleón tuvo el arte de sacar de Francia sin comprometer demasiado la defensa interior. Debía agregarse á estos regimientos la legión del Norte, que estaba ya en marcha hacia la Alemania y que iba llena de polacos.

Pero lo que más deseaba Napoleón y lo que más estimaba, quizá con exageración, cuando al dejar las llanuras de la Prusia iba á internarse en las de Polonia, era la caballería. Requeríala con incesantes instancias de todos los que administraban sus fuerzas. Acababa de sacar de Maguncia y de encaminar á pie, parte hacia la Hesse y parte hacia la Prusia, todos los jinetes instruídos que había en los depósitos. Quiso que dejasen sus caballos en Francia para que tomasen los que había reunido en Alemania. El mariscal Mortier, penetrando en los Estados del elector de Hesse, había licenciado el ejército de este príncipe, y de los cuatro ó cinco mil rozagantes caballos que le había tomado, envió una parte á Potsdam y con la otra montó inmediatamente mil jine-

tes franceses. Había en Potsdam numerosas caballerizas construidas por Federico el Grande, el cual se complacía á menudo á ver maniobrar á la vez gran número de escuadrones en el delicioso retiro donde hacía á un mismo tiempo vida de rey, de filósofo y de guerrero. Fundó allí Napoleón, bajo los cañones de Spandau, un inmenso establecimiento para la conservación de su caballería, y reunió en él todos los caballos que había quitado al enemigo y además otros muchos que había comprado en las diversas provincias de la Prusia.

Fué puesto al frente de este depósito el general Bourcier, procedente del ejército activo con muy honrosos servicios, y se le encargó no se alejase de él un instante, hiciese cuidar á su presencia los numerosos caballos allí reunidos, montase con ellos á los regimientos de caballería que llegaban de Francia á pie, detuviese á todos los que atravesaban la Prusia, los revistase y les cambiase todos los caballos cansados ó poco aptos para el servicio; y por último, que hiciese detener á los enfermos, para que después de curados fuesen con los regimientos que llegasen después. Todos los obreros de Berlín que habían quedado ociosos con la salida de la corte y la nobleza, debían ser utilizados en aquel depósito y ocupados con su competente salario en obras de sillería, guarnicionería, zapatería y carretería.

Imaginó Napoleón recurrir principalmente á la Italia para proporcionarse caballería. En Nápoles no tenía más ocupación que perseguir á los montañeses de la Calabria, ó á los ingleses que desembarcaban de sus naves sin gente de á caballo. Había en Nápoles diez y seis regimientos de caballería, algunos de ellos de coraceros y de los más completos del ejército. Hizo Napoleón que diez de aquéllos se encaminasen hacia la Italia superior, y dejó los seis restantes, todos de caballería ligera, cuya fuerza efectiva pudo hacer subir á mil hombres cada uno, merced al gran número de reclutas enviados allende los Alpes. Su fuerza total debía ascender por lo tanto á seis mil hombres, entre ellos cuatro mil jinetes, siempre prontos á montar á caballo y muy suficientes para el servicio de observación que habían de hacer en el reino de Nápoles.

Tampoco era muy necesaria la caballería en un país como la Lombardia, donde las llanuras quebradas, los canales, los ríos y las dilatadas manchas de árboles dificultan en sumo grado sus movimientos. Por otra parte, diez regimientos de esta arma, vueltos del Mediodía al Norte de la Italia, bien podían suministrar alguna fuerza al grande ejército. Napoleón sólo sacó una división de coraceros compuesta de cuatro soberbios regimientos, que después adquirieron gloria bajo el mando del general d'Espagne. Sacó también alguna caballería ligera, y fué enviando sucesivamente á Alemania los regimientos 19, 24, 15, 3 y 34 de cazadores, que formaban, con los cuatro de coraceros, nueve regimientos de caballería sacados de Italia. Su fuerza ascendía á unos cinco mil jinetes por lo menos, que viajaban parte á caballo y parte á pie, debiendo estos últimos montarse en Alemania.

Dedicóse al mismo tiempo Napoleón á poner el ejército de Italia en pie de guerra. Había procurado enviarle veinte mil hombres del cupo de 1806, encargando al príncipe Eugenio que dedicase á su instrucción un cuidado continuo. Dispuesto á penetrar en el Norte, dejando á la espalda al Austria, aterrada, pero más hostil

desde la derrota de Jena, quiso que se procediese sin demora á formar divisiones activas, de manera que pudiesen entrar inmediatamente en campaña. Ya había en Friul dos divisiones completamente organizadas. Mandó completar su artillería dando doce piezas á cada división; encargó poner inmediatamente en pie de guerra una división en Verona, otra en Brescia y otra en Alejandría, cada una de nueve á diez batallones, preparar su artillería, componer sus equipajes y nombrar su estado mayor. Lo mismo hizo con la caballería; mandó completar de hombres y caballos los regimientos de dragones procedentes de Nápoles, dándoles además una división de artillería volante. Estas cinco divisiones formaban en conjunto cuarenta y cinco mil hombres de infantería y siete mil de caballería, entre todos cincuenta y dos mil sobre las armas. Esta fuerza, aumentada en caso necesario con el cuerpo de Marmont y con una parte del ejército de Nápoles, debía bastar á un hombre como Massena para detener á los austriacos, sobre todo teniendo por apoyo plazas como las de Palma-Nova, Legnano, Venecia, Mantua y Alejandría. Mandó Napoleón establecer en Venecia los ocho batallones de depósito del ejército de Dalmacia, en Osopo y Palma-Nova los siete del cuerpo del Friul, y en Peschiera, Legnano y Mantua los catorce del ejército de Nápoles. Cada uno de estos batallones contenía ya más de mil hombres desde el alistamiento de 1806, é iba á contener mil ciento ó mil doscientos con la llegada del cupo de 1807. Así que ésta se verificase, ya sería fácil sacar las compañías de cazadores y granaderos, y formar con ellas divisiones activas sobresalientes. Tal era el fruto de una vigilancia siempre constante. Mandó Napoleón además acabar sin demora el abastecimiento de las plazas de guerra.

Limitándose así á desarrollar el vasto plan de precauciones adoptado á su salida de París, ponía Napoleón á la Francia al abrigo de todo insulto de parte de los ingleses, protegía á la Italia contra toda hostilidad repentina de parte de los austriacos, y sin desorganizar los medios de defensa de una ni de otra, sacaba de la primera siete regimientos de infantería y nueve regimientos de caballería de la segunda, fuera de los regimientos provisionales, que partiendo incesantemente del Rhin debían asegurar el alistamiento del grande ejército y la protección de sus espaldas.

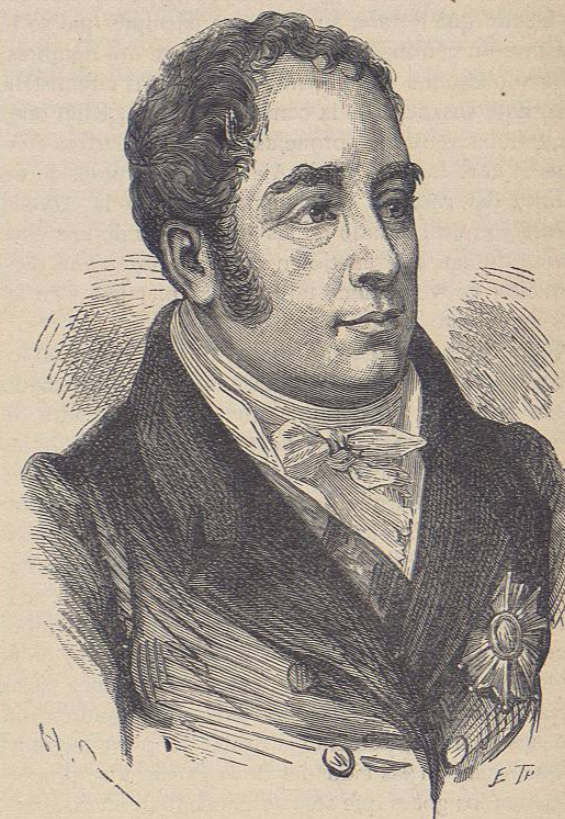
Pueden valuarse en unos cincuenta mil hombres los refuerzos con que iba á aumentar el grande ejército en sólo un mes. Con los cuerpos que ya se le habían reunido desde su entrada en Prusia, y que le habían hecho subir á unos ciento noventa mil hombres, con los que se disponían á reunírsele, y con los auxiliares alemanes, holandeses é italianos, debía ascender á cerca de trescientos mil hombres; pero es tal la diseminación de fuerzas aun bajo la dirección del general más entendido, que descontando de estos trescientos mil hombres los heridos y enfermos, cuyo número aumentaba con el invierno y con aquellos lejanos climas, los destacamentos que estaban en marcha, las guarniciones que se habían ido dejando en la ruta y los cuerpos puestos en observación, no era posible lisonjearse de presentar en batalla más de ciento cincuenta mil hombres; ¡tan preciso es que los recursos excedan á las necesidades previstas, para que basten las necesidades reales!, y si extendemos

esta observación al conjunto de las fuerzas de la Francia en 1806, veremos que de un ejército total que iba á ascender en todo el imperio á quinientos ochenta mil hombres y á seiscientos cincuenta mil con los auxiliares, sólo trescientos mil á lo sumo podrían hallarse presentes en el teatro de la guerra entre el Rhin y el Vístula, ciento cincuenta mil en el mismo Vístula y ochenta mil quizá en los campos de batalla, donde debían decidirse los destinos del mundo. ¡Y sin embargo, nunca con mayor fuerza de cohesión habían marchado hacia un mismo objeto tantos hombres y caballos ni rodado tantos cañones!

Pero no bastaba reunir soldados, necesitábanse además recursos rentísticos para proveerlos de todo lo necesario. Habiendo conseguido Napoleón, como ya hemos visto, hacer subir á setecientos millones de francos (á ochocientos con los gastos de recaudación) su presupuesto de guerra, estaba en disposición de mantener un ejército de cuatrocientos cincuenta mil hombres. Pero en breve iba á tener que mantener á seiscientos mil, y resolvió sacar de los países conquistados los arbitrios que necesitaba para pagar sus nuevos armamentos. Dueño de la Hesse, de la Westfalia, del Hannover, de las ciudades anseáticas, del Mecklemburgo, de la Prusia por fin, podía sin inhumanidad imponer contribuciones en estos diversos países. Había conservado en todas partes las autoridades prusianas y puesto á su cabeza al general Clarke, para la administración política del país, y á Mr. Daru, para la administración de la hacienda. Este último, entendido, aplicado é íntegro, se había puesto al corriente de todos los negocios de su resorte, y los conocía tan bien como los mejores hacendistas prusianos. La monarquía de Federico Guillermo, que comprendía en aquella época la Prusia oriental, que se extendía desde Königsberg á Stettin, la Polonia prusiana, la Silesia, el Brandeburgo, las provincias situadas á la izquierda del Elba, la Westfalia y los países enclavados en la Franconia, podía producir á su gobierno unos ciento veinte millones de francos, pagados los gastos de recaudación de los mismos productos, satisfecha la mayor parte de las necesidades del ejército por medio de prestaciones locales, y asegurada la conservación de los caminos con otras prestaciones impuestas á los arrendatarios de los heredamientos de la corona. La contribución territorial figuraba en unos treinta y cinco á treinta y seis millones, el arrendamiento de los bienes de la corona en unos diez y ocho, el producto de los derechos sobre los líquidos y el transporte de mercaderías en unos cincuenta, y el monopolio de la sal unos nueve ó diez. Varios otros impuestos accesorios completaban los ciento veinte millones de renta total. Administraban estas rentas y contribuciones, vigilando sobre su repartimiento y recaudación y sobre el arriendo de los numerosos inmuebles de la corona, ciertos empleados reunidos en comisiones especiales con el nombre de *cámaras de las fincas y de la guerra*.

Decidió Napoleón que subsistiese esta administración, á pesar de los abusos que Mr. Daru advirtió, y manifestó al mismo gobierno prusiano para ayudarle á corregirlos, y que para cada administración provincial se nombrase un agente francés, encargado de vigilar sobre la recaudación de las rentas y sobre su ingreso

en la caja central del ejército. Mr. Daru era el que debía inspeccionar á esos agentes y centralizar sus operaciones. Así la hacienda prusiana iba á ser administrada por cuenta de Napoleón y en provecho suyo; sin embargo, se preveía que el producto anual de ciento veinte millones bajaría á setenta ú ochenta de resultas de las actuales circunstancias. Usando Napoleón de su derecho de conquista, y no satisfecho con las contribuciones ordinarias, decretó una extraordinaria de guerra, que podría ascender á unos doscientos millones en toda la Prusia. Esta contribución debía recaudarse



Mr. Daru

paulatinamente mientras duraba la ocupación y además de las contribuciones ordinarias. También impuso contribuciones de guerra á la Hesse, al ducado de Brunswick, al Hannover y á las ciudades anseáticas, además del despojo de mercaderías inglesas verificado en ellas.

Con estos arbitrios podía el ejército mantenerse sin exigir artículo ninguno que no pagase. Con el producto de las contribuciones, así ordinarias como extraordinarias, se hicieron compras de caballos y se encargaron vestuarios, calzado, guarniciones, carros de artillería en cantidad inmensa en todas las ciudades, pero particularmente en Berlín, con objeto de ocupar á los jornaleros y de ocurrir á las necesidades del ejército francés.

Estas contribuciones, muy gravosas sin duda alguna, eran sin embargo el medio menos vejatorio de ejercer el derecho de guerra, que autoriza al vencedor á vivir sobre el país vencido, porque al merodeo de los soldados se substituía la recaudación regular del impuesto. Por lo demás estos inevitables rigores de la guerra estaban compensados con la disciplina más severa y el respeto más religioso á la propiedad privada, fuera de los destrozos del campo de batalla, felizmente reserva-